

si la víspera hubiesen jugado al billar y canturreado en el club de la calle de las Pegas. Además departieron brevemente sobre la elección. Apenas Cavalleiro aludió con indolencia á los votos de la Murtosa, el buen Barrolo se atragantó en el ansia de ofrecerlos:

— Lo que ustedes quieran. . . Votos, dinero, lo que ustedes quieran. . . Ustedes digan. Yo voy á la Murtosa, y comilona, y pipa de vino abierta y la feligresía entera votando. . .

Cavalleiro amansó riendo aquel fervor fastuoso:

— No, mi caro Barrolo, no. Nosotros preparamos una elección muy sobria, muy sosegada. Villa-Clara elige á Gonzalo Mendes Ramires diputado, naturalmente, como á su mejor hombre. No hay combate: Julio es una sombra. Por lo tanto. . .

Barrolo persistía radiante en sus ofrecimientos.

— Perdón, Andrés, perdón. Allá se derrochará el vino, los vivos, los cohetes.

Gonzalo, embarazado, ansioso por terminar con el garrulismo de Barrolo, indicó á la mesa de Cavalleiro.

— Tú tienes que hacer, Andrés. Veo ahí una papelada pavorosa. No robemos más tiempo al jefe ilustre. Al trabajo.

Trabajar, caro hermano, que el trabajo
Es, Andrés, gran virtud y gran valor.

Y cogió el sombrero mirando á su cuñado. Entonces Barrolo, con los carrillos estallando de gusto, balbuceó el convite que firmaría la reconciliación de un modo sociable y elegante:

— Cavalleiro, si usted quiere acompañarnos á comer, para conversar. . . El viernes á las seis y media. . . Nosotros, cuando está aquí Gonzalo, comemos siempre más tarde.

Cavalleiro contestó con discreta ceremonia:

— Es para mí un inmenso placer, una inmensa honra.

Y á la puerta de la antesala, donde los acompañó, asegurando el pesado portier de bayeta escarlata con las armas reales bordadas, suplicó á Barrolo que pusiese sus respetos á los pies de la señora doña Gracia. . .

Barrolo, bajando la escalera de piedra, se limpiaba la cabeza y el cuello humedecidos por la emoción. Ya en el patio se desahogó:

— Muy simpático este Andrés. Rapaz franco, de quien siempre gusté. . . Realmente era necesario que acabasen estas historias. . . Y para los Cuñaes, para nuestra tertulia, ¡qué adquisición!

El viernes por mañana, después del almuerzo en la terraza del jardín, donde tomaba café, Gonzalo recomendó á Barrolo que «para acentuar más completamente la intimidad sencilla del comer, no se pusiese traje etiquetero». . .

— Y tú, Graciña, vestido de señora honorable; pero claro, alegre. . .

Sonrióse Graciña indecisamente y continuó hojeando un *Almanaque de Lembranças*, extendida en una butaca de mimbre, con un gatito blanco en el regazo. Después del alborozo y del pasmo del domingo, aparentaba ahora un desinterés silencioso por la reconciliación, que preocupaba á Oliveira, por la elección, por la comida. Mas en esos días estuvo tan impaciente y sensible, que el buen Barrolo le aconsejaba incessantemente el gran remedio de mamá contra los nervios: «flores de alecrín cocidas en vino blanco».

Gonzalo percibía claramente la perturbación en que la lanzaba aquella entrada triunfal de Andrés, del antiguo Andrés, en su casa de casada, en los Cuñaes, y para tranquilizarse evocaba (como en la carretera del cementerio de Villa-Clara) la seriedad de Graciña, su rígido y puro pensar, la altivez de su alma heroica. En esta misma mañana, en el palpitante cuidado de su elección, sólo recelaba que Graciña, por cautela, recibiese secamente á Cavalleiro, ó enfriase su renovado fervor por la Casa de Ramires, su patrocinamiento político. E insistió bromeando:

— ¿Oiste, Graciña? Un vestido blanco, un vestido alegre, que sonría á los huéspedes. . .

Ella murmuró inclinada sobre su *Almanaque*:

— Sí, realmente con este calor. . .

Barrolo golpeóse la rodilla con una palmada:

— ¡Qué pena! ¡Qué pena! ¡No tener en Oliveira «para el brindis de reconciliación» un famoso vino de Oporto, de la bodega de mamá, preciosísimo, viejísimo, de tiempo de Don Juan II!

— ¿De Don Juan II?— murmuró Gonzalo—. ¿Estás bueno?

Barrolo replicó:

— Don Juan II ó Don Juan VI. . . uno de esos reyes. En fin, un vino único, del siglo pasado. Sólo le quedan á mamá ocho ó diez botellas, y hoy era día de descorchar una.

El hidalgo dió un sorbo lento al café.

— Andrés gustaba antiguamente mucho de los huevos quemados.

Graciña cerró bruscamente el *Almanaque*, y con una fuga y un silencio que hicieron enmudecer á Gonzalo, sacudióse del cuello el gato dormilón, y desapareció entre los altos tejos del jardín.

Por la tarde, cuando Gonzalo ocupó su lugar en la mesa oval junto á la prima María Mendoza, notó entre dos compoteras una fuente de huevos quemados. A pesar de que la comida era íntima servíase con loza de China, y dos jarros de Sajonia desbordaban de claveles blancos y amarillos, colores heráldicos de los Ramires.

Doña María, que no encontraba al querido primo desde los años de Graciña, murmuró con una sonrisa una grave cortesía en aquel ceremo-

nioso silencio con que se desdoblaban las servilletas:

— Todavía no le di la enhorabuena, primo Gonzalo.

El acudió, llenando nerviosamente las copas:

— ¡Chut, prima, chut! Hoy está decidido que no puede aludirse siquiera á la política. . . Es este mucho calor para política.

Ella suspiró levemente como desfallecida:

— ¡Ay, el calor es horrible!

Desde que entró en los Cuñaes, con aquel vestido negro, que «era su palio de los días de gala», todavía no había cesado de envidiar la frescura del vestido blanco de Graciña. . .

— ¡Qué bien le sienta! ¡Hoy está muy linda!

Era un vestido liso de crespón blanco, que aclaraba y remozaba su gracia casi virginal. Realmente nunca estuvo tan linda, tan clara y tan fina, con los verdes ojos refulgiendo como esmeraldas lavadas, una ondulación más lustrosa en los pesados cabellos, todo un fresco brillo de flor regada, de flor rediviva, á pesar del azoramiento que le inmovilizaba los dedos al levantar el cucharón de plata dorada. Al lado, robusto y alto, con la pechera arqueada como una coraza atravesada por dos zafiros, Andrés Cavalleiro, que rechazó la sopa (¡oh, en el verano nunca comía sopa!), dominaba la mesa, levemente conmovido también, pasando sobre el reluciente bigote un pañuelo tan perfumado que ahogaba el

perfume de los claveles. Fué él quien encadenó la animación con risueñas quejas sobre el calor, el escandaloso calor de Oliveira. . . ¡Ah, qué purgatorio abrasado, después de sus dos días de Paraíso en la frescura deliciosa de Cintra!

Doña María Mendoza clavó los risueños ojos en el señor gobernador civil. ¿Cintra animada? ¿Encontró á la condesa de Chellas, á la prima Chellas?

Sí, en su visita á la reina, Cavalleiro conversó un momento con la señora condesa de Chellas.

— ¡Ah! ¿Y la reina?

— Siempre encantadora. La señora condesa de Chellas es un poco flaca. Pero tan amable, tan inteligente, tan verdaderamente *grande dame*, ¿no es verdad? Y como se inclinara mirando á Graciña, ésta, con una dulzura infinita, perturbada, balbuceó que no conocía á la condesa de Chellas. . . Doña María Mendoza condenó la inercia de los primos Barrolos, siempre metidos en los Cuñaes, sin aventurarse nunca á pasar á Lisboa en el invierno, para convivir, para conocer á los parientes.

— La culpa es del primo José, que detesta á Lisboa.

— No, Barrolo no detesta á Lisboa. Si pudiese llevar á Lisboa sus comodidades, su cuarto, su cochera, la buena agua del pomar y la galería sobre el jardín, hasta le gustaría.

— Pero instalado en aquellos cuartuchos del Braganza. . . y después la mala comida, el barullo. . . Graciña en Lisboa nunca duerme. . . ¿Y la pesadez de las mañanas? No hay nada que hacer en Lisboa por las mañanas.

Cavalleiro sonreía mirando á Barrolo. Después confesó que él, á pesar de habitar también (¡merced al Estado!) un palacio confortable y gozar también de un agua excelente, la finísima agua del pozo de Santo Domingo, lamentaba que los deberes de la política y la disciplina del partido lo amarrase á Oliveira, y tenía su esperanza puesta en la caída del Ministerio para libertarse y pasar tres meses divinos en Italia.

Del otro lado de Graciña, Juan Gouveia (siempre azorado y mudo delante de señoras) exclamó, en un impulso de amistad y convicción:

— Pues vaya perdiendo la esperanza. A San Fulgencio todavía lo tenemos tres ó cuatro años.

Andrés protestaba:

— No me quiera mal, no me quiera mal.

Aunque desertase de su partido, ¿qué importa en hueste poderosa una lanza llena de herrumbre? Iría á pasar en el invierno esos meses á Italia. . . ¿Y la señora doña Gracia no permitía que él la sirviese un poco de vino blanco?

Barrolo extendió el brazo con efusión:

— Cavalleiro, tengo empeño en que usted pruebe ese vino con cuidado. . . Es de mi pro-

piedad de Corvello. . . A mí me gusta mucho. Pruébelo con atención.

Andrés lo probó con devoción, como si comulgase, y con una cortesía exquisita, mirando á Barrolo:

— Una delicia, una verdadera delicia.

— ¿No es verdad? Yo, por mi parte, prefiero este vino de Corvello á todos los vinos franceses, hasta los más finos. Hasta nuestro Padre Sueiro, que es un santo, lo aprecia.

Silencioso, casi oculto tras una jarra de clavetes, el Padre Sueiro sonrió:

— Con mucha agua, desgraciadamente, señor José Barrolo. . . El gusto pide, pero el reumatismo no consiente.

Pues José Mendoza, que no tenía reumatismo, atacaba siempre valientemente aquel bendito Corvello. . .

— ¿Qué le parece á usted, Juan Gouveia?

Juan Gouveia ya lo conocía, y, ciertamente, nunca encontró en Portugal, como vino blanco, ninguno comparable por la frescura, por el aroma, por el gusto.

— Yo lo voy empinando con fervor, Barrolo amigo. Esta botella de cristal va de vencida.

Barrolo triunfaba. Su disgusto era que Gonzalo nunca probase «aquel néctar». No, Gonzalo no toleraba vinos blancos.

— Hoy tengo precisamente una sed que sólo es capaz de calmármela el vino verde, un poco

espumoso y con hielo. Que este de Vidaiños también es de Barrolo. Yo no desprecio los vinos de la familia. Este Vidaiños, sinceramente lo considero sublime.

Entonces Cavalleiro deseó probar ese sublime vino verde de la quinta de Vidaiños en Amaranthe.

El criado, á una seña de Barrolo, presentó á su excelencia una copa alta propia para aquel vino que espumaba. Mas Cavalleiro, acariciando la fresca copa sin levantarla, insistió en la idea de viajar, como acentuando su tedio, su cansancio de Oliveira. ¿Y sabía la señora doña Gracia por dónde seguiría él, después de Italia, en ese invierno, si por merced de Dios el Ministerio cayese?... Por el Asia Menor.

— Y es un viaje para el que yo animaría á Gonzalo... Tan fácil ahora con los caminos de hierro. De Venecia á Constantinopla, un paseo. Después, de Constantinopla á Smyrna, un día, dos días en un vapor excelente, y de allí en una caravana á Trípoli, y por la antigua Sidonia penetraríamos en Galilea... Galilea... ¡Qué belleza, Gonzalo!

Padre Sueiro suspendió el tenedor, recordando tímidamente que, en Galilea, pisaría el señor Gonzalo Mendes tierra que, en otro tiempo, por poco perteneció á su casa:

— Uno de los antepasados de su excelencia, Gutierrez Ramires, compañero de Tancredo en

la primera Cruzada, rechazó el ducado de Galilea y de Allende el Jordán.

— Hizo pésimamente — gritó Gonzalo riendo —. Ese abuelo Gutierrez obró pésimamente. Porque no existiría en este mundo disparate más divertido que yo duque de Galilea. ¡El señor Gonzalo Mendes Ramires, duque de Galilea y de Allende el Jordán! Era cosa de reventar de risa.

Cavalleiro protestó.

— ¿Por qué?

— No lo crea — dijo doña María Mendoza —. El primo Gonzalo, con todas estas gracias, es en el fondo muy aristócrata... Terriblemente aristócrata.

El hidalgo de la Torre posó la copa de Vidaiños.

— Aristócrata. Está claro que soy aristócrata. Sentiría, con efecto, cierto disgusto en haber nacido, como una hierba, de otras hierbas vagas. Me agrada saber que nací de mi padre Vicente, que nació de su padre Damián, que nació de su padre Ignacio, y así sucesivamente hasta no sé qué rey suevo...

— Recesvinto — informó respetuosamente el Padre Sueiro.

— Pues hasta ese Recesvinto. Lo peor es que la sangre de todos esos padres no difiere realmente de la sangre de los padres de Joaquín de la Puerta, y que, después de Recesvinto, hacia Adán, no tengo más padres.

Mientras todos reían, doña María Mendoza murmuró por detrás del abanico, ampliamente abierto:

— El primo siempre está con esos desprecios. . . Pues yo sé de una señora que siente la mayor admiración por la casa de Ramires y por su representante.

Gonzalo llenaba de nuevo la copa con amor, atento á la espuma.

— ¡Bravo! Mas «conviene distinguir», como dice Manuel Duarte. ¿Por quién tiene ella la verdadera admiración: por mí ó por el rey suevo, por Recesvinto?

— Por los dos.

— ¡Diablo!

Después, posando la botella y más serio:

— ¿Quién es?

— ¡Oh, no podía confesarlo! No era todavía bastante vieja para andar con recados sentimentales. Gonzalo dispensaba el nombre; sólo deseaba las cualidades. . . ¿Joven? . . . ¿Bonita?

— ¿Bonita? — exclamó doña María —. Es una de las mujeres más hermosas de Portugal. Espantado, Gonzalo lanzó el nombre:

— ¿Doña Ana Lucena?

— ¿Por qué?

— Porque mujer tan hermosa, y viviendo en estos sitios, y tan conocida de la prima, que le haga confidencias, sólo conozco á doña Ana.

Acariciando dos rosas que le alegraban el corpiño de seda, doña María sonreía.

— Tal vez sea, tal vez sea.

— Pues quedo inmensamente lisonjeado. Pero todavía distingo como Manuel Duarte. Si de parte de ella esa simpatía es para buen fin, no. No, santo Dios, no. Si es para mal fin, entonces, prima, cumpliré honradamente con mi deber dentro de mis fuerzas.

Doña María escondió el rostro tras el abanico, completamente escandalizada.

Después dijo:

— Primo, el buen fin era lo que le convenía, porque la cosa es la misma y son doscientos mil duros más.

Gonzalo dió un grito de admiración.

— ¡Esta prima María! No hay en toda Europa talento como el de ella.

Todos curiosearon la nueva gracia de doña María. Pero Gonzalo detuvo todas las curiosidades:

— No se puede contar. Es cuestión de casamiento.

Entonces José Mendoza recordó la novedad que desde la víspera comentaba Oliveira:

— A propósito de casamiento. . . ¿Qué me dicen del de doña Rosa Alcofurado?

Barrolo, después Gouveia, hasta Graciña, todos lo proclamaran «un horror». Aquella joven-cita de piel tan color de rosa, amarrada á Teixei-

ra de Carredes, un patriarca cargado de nietos... ¡Qué desastre!

Pues á Cavalleiro el casamiento no le parecía «tan desastroso». Teixeira de Carredes, además de ser muy fino y muy inteligente, era un viejo casi sin arrugas, hasta bonito con aquel contraste de bigote oscuro y pelo rizado y blanco, y en la señora doña Rosa con todas las rosas de su piel y todo el oro de sus cabellos, dominaba «un no sé qué» de sobado, de fofo... Después, muy poco dispuesta...

— En fin, vuestras excelencias perdonen... Pero quien hace un casamiento muy desconcertado, es el pobre Teixeira.

Doña María Mendoza consideraba al gobernador civil con un espanto amable.

— Pues si el señor gobernador no admira á Rosina Alcofurado, no sé entonces á quién admirará dentro de su distrito.

— Pues, fuera de vuestra excelencia, no miro á nadie. Realmente, yo gobierno en Portugal el gobierno más desprovisto de belleza...

Todos protestaron. ¿Y María Marges? ¿Y la pequeña Resir de la Riva? ¿Y la Mellosiño Alboins, con aquellos ojos? Cavalleiro no aceptaba á ninguna, y á todas las demolía con un sarcasmo leve, ó por la piel sin frescura, ó por el pisar desairoso, ó por el provincianismo de gustos y modas, siempre por la carencia de bellezas y gracias que ornaban á Graciña, lanzando así á

los pies de la Mendes Ramires todas las señoras vencidas. Ella se dió cuenta de la sutil adulación y sus ojos alumbraron con mayor fulgor. Deseosa de repartir el incienso acumulado, recordó tímidamente otra belleza de que se enorgullecía el distrito:

— La hija del vizconde de Río Manso, Rosina Río Manso... Es linda.

Cavalleiro triunfó con facilidad:

— Pero tiene doce años. No es Rosina, es botón de rosa.

Casi humildemente, recordó Graciña á Luisa Moreira, hija de un tendero, muy admirada los domingos á la salida de misa de la catedral y en el paseo.

— Es una bella muchacha. Sobre todo la figura.

Cavalleiro triunfó de nuevo á bien poca costa:

— Sí; pero los dientes torcidos, señora doña Gracia. Los dientes acaballados. Vuestra excelencia nunca reparó en ellos. ¡Oh, una boca muy desagradable! Y, además de los dientes, el hermano, el Evaristo, con aquella cara más chata que el alma, y la caspa, y la porquería y el jacobinismo. No hay mujer bonita con hermano tan feo.

Mendoza extendió el brazo anunciando otra curiosidad que ocupaba á Oliveira:

— ¿Evaristo, funda, por fin, el nuevo periódico republicano *El Debate*?

El señor gobernador civil encogió los hombros con una ignorancia superior y risueña. Juan Gouveia, bermejo y lúcido después de su botella de Corvello y de su botella de Duero, afirmó que *El Debate* aparecería en Noviembre. Conocía al patriota que aportaba el dinero, y la campaña de *El Debate* comenzaba con cinco artículos revolucionarios sobre la toma de la Bastilla.

El espanto de Gonzalo era cómo el republicanismo arraigaba en Portugal hasta en la vetusta y devota Oliveira.

— Cuando yo estudiaba primer año sólo existían en Oliveira dos republicanos: el viejo Salema, catedrático de Retórica, y yo. Ahora hay partido, hay comité, hay dos periódicos. . . Y ve uno hasta al barón de los Marges con *La Voz Pública* en la mano, debajo de la Arcada.

Mendoza tomaba la República á guasa:

— Todavía viene lejos, muy lejos. Todavía nos da tiempo á comer estos huevos quemados.

— Deliciosos — murmuró Cavalleiro.

— Sí — arguyó Gonzalo —, todavía tenemos tiempo para comer los huevos. . . Pero que reviente una revolución en España, que muera el rey en su minoridad, que naturalmente muere. . .

— ¡Pobre madre! — murmuró Graciña sensiblemente.

Inmediatamente Cavalleiro la tranquilizó. ¿Por qué iba á morir el reyecito de España? Los republicanos esparcían esas noticias sombrías sobre

los males del excelente niño. Pero él conocía la realidad y aseguraba á la señora doña Gracia que, felizmente para España, todavía reinaría un Alfonso XIII, y hasta un Alfonso XIV. En cuanto á nuestros republicanos, mera cuestión de orden público. Portugal, en sus entrañas profundas, permanecía monárquico de raíz. Arriba, en la burguesía y en las universidades, fluctuaba una espuma ligera y bastante sucia, que se limpiaba fácilmente con un sable. . .

— Vuestra excelencia, señora doña Gracia, que es una dueña de casa perfecta, conoce esta operación que se hace en el puchero. Espumar el puchero con una cuchara; aquí es con un sable. Pues así se clasifica Portugal. Esto fué lo que últimamente declaré al rey.

Levantó la cabeza, y su pechera resplandecía como una coraza bastante resistente para defender á la Monarquía, y en el silencio que de pronto se hizo, dos botellas de Champagne estallaron por detrás del biombo.

Apenas el criado llenó las copas, el hidalgo de la Torre, con gravedad que la sonrisa endulzaba, exclamó:

— Andrés, á tu salud. No es á la del gobernador civil, es á la del amigo.

Todas las copas se levantaron en un susurro acariciador. Juan Gouveia agitó la suya con especial efusión, gritando: Andrés, á su salud. Cavalleiro apenas tocó levemente en el cáliz de Gra-

ciña. Padre Sueiro murmuró las gracias, y Barrolo, quitándose la servilleta, preguntó:

— ¿Café aquí ó en la sala? En la sala estaremos frescos.

En la sala grande penetraba, por los tres balcones abiertos, la serenidad de la noche caliente, el recogido silencio de Oliveira, y abajo, en el paseo, algunos sujetos, hasta dos señoras de toquilla blanca por la cabeza, se pasmaban ante aquella claridad de fiesta que magnificaba los Cuñaes. Cavalleiro y Gonzalo encendieron los cigarrillos en el balcón, respirando la escasa frescura.

— Amigo Gonzalo, te aseguro que se come sublimemente en casa de tu cuñado.

Gonzalo deseó que el domingo comiese en la Torre. Todavía quedaban unas botellas de Madeira, del tiempo del abuelo Damián, á las que se daría, con el socorro de Gouveia y de Titó, un asalto heroico.

Cavalleiro prometióle ir allá, tomando de la pesada bandeja de plata que derrengaba al criado su taza de café sin azúcar.

— Y tú, Gonzalo, no debes arrendar la Torre. Tu papel está allí. El hidalgo de la Torre en medio de las tierras por donde va á ser elegido diputado. Es tu papel.

Barrolo surgió enlazando á los dos amigos por la cintura.

— Y quedamos aquí, trabajándote la elección, Cavalleiro y yo.

Doña María, desde el canapé donde se había enterrado, llamó al primo Gonzalo «para negocios». Junto á una consola, Juan Gouveia y Padre Sueiro, revolviendo el café, concordaban en la necesidad de un Gobierno fuerte, y Graciña y el primo Mendoza buscaban entre los papeles de música, sobre la tapa del piano, el *Fado de los Ramires*. Mendoza tocaba con maravillosa brillantez; había compuesto valeses, un himno al coronel Troncoso, el héroe de Machumba, y hasta el primer acto de una ópera, *Á Pegureira*, y como no encontraban el *Fado* con las estancias de Videiriña, fué justamente uno de esos valeses, la *Perla*, de una cadencia amorosa y cansada, recordando el vals de *Fausto*, lo que atacó sin dejar el cigarro.

Entonces Andrés Cavalleiro, que entraba lentamente en la sala, avanzó hacia Graciña con un modo medio grave, medio indolente:

— ¿Si su excelencia me quiere hacer el honor?

Ofrecía, extendía los brazos hacia Graciña, que toda encarnada, cedió, llevada por Cavalleiro. Barrolo y Juan Gouveia corrieron las poltronas, clareando un espacio donde el vals se desarrolló con el suave surco blanco del vestido de Graciña. Pequeñita y leve, toda ella se perdía, casi se hundía, entre la fuerza máscula de Cavalleiro, que la arrebatava en giros lentos, con la cara respirando sobre sus cabellos magníficos.

Desde su canapé, doña María Mendoza comentaba:

— ¡Qué bien valsa, qué bien valsa el señor gobernador civil!

Gonzalo torcía nerviosamente el bigote ante la sorpresa de aquella familiaridad, así renovada por Cavalleiro con tan serena confianza, por Graciña con tanto abandono. Una sonrisa iluminaba los labios de Cavalleiro. Graciña estaba ya fatigada, y sus zapatos de charol relucían bajo la falda, que se enrollaba en los pantalones de Andrés, y Barrolo, extasiado, palmoteaba cariñosamente, gritando:

— ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Lindísimamente! ¡Bravísimo!



VII

RECOGIÁSE Gonzalo leyendo la *Gaceta de Oporto*, cuando vió en el banco de piedra, junto á la puerta de la cocina, donde Rosa mudaba el panizo al canario, á Casco, el de los Bravaes, que esperaba pensativo con el sombrero en las rodillas. Para esquivarse, ocultóse tras el periódico. La sombra del hombre avanzaba como asustada en la claridad fascinante del patio. . . Animado por la vecindad de Rosa, paróse forzando una sonrisa, mientras Casco enrollaba en las manos trémulas el ala dura del sombrero, balbuceando:

— Si el hidalgo me hiciese la limosna de una palabra. . .

— ¡Ah, es usted, Casco! Hombre, no lo conocí. ¿Qué hay?

Dobló el periódico tranquilizado, gozándose en la sumisión de aquel valiente, que tanto le atemorizó en la soledad del pinar. Casco titubeaba y reteniendo las lágrimas que le saltaban, murmuró sollozante una súplica: